

## Conclusión

### **«Para algo tiene que servir». Sobre las formas e intenciones en la participación política de los radicales de Minuán**

El lunes 24 de octubre, un día después de la elección, fui al Comité a despedirme de Anita. Era cierta la ausencia de los dirigentes de los grupos internos, dado que muchos habían anunciado varios días de descanso la noche anterior. Encontré la vieja casa prácticamente vacía, ocupada solo por la encargada que cebaba, sola, mientras miraba los canales de noticias de Buenos Aires. Me ofreció un mate, el cual rechacé amablemente por estar preparado con azúcar. A ella la conocía desde mi infancia: uno de sus sobrinos había sido un compañero de juegos en los primeros años de la escuela primaria, por lo que no resultaba extraño que, al momento de la despedida, recién me preguntara cuánto de estadía me quedaba y la razón de la estancia. Hasta entonces, nuestras conversaciones habían remitido a anécdotas infantiles y otras rememoraciones.

De pronto, estacionó un automóvil a la altura de la puerta, del cual descendió el abogado Roberto Lozano, hijo del ex diputado nacional. Ingresó saludando con amabilidad. «¿Los padrones... dónde están?», preguntó. Anita contestó con un monosílabo y señaló hacia una silla. «Me voy a fijar, por ahí encuentro algunos potenciales clientes para el estudio [de abogados]», tentó la conversación mientras me sonreía. Ante mi expresión de duda explicó el comentario. «Sí, para algo tienen que servir». El abogado tomó varias hojas y se marchó, prometiéndole a Anita devolverlas al día siguiente. Cinco minutos después, me fui.

La interacción que los actores establecen entre la participación en el partido, la trayectoria de sus familiares y la posibilidad de extender sus relaciones personales no presentan en la cotidianidad

formas escindidas. Este cúmulo de relaciones en sus distintas variaciones mostradas durante los capítulos –sean de amistad, comercial, vecindad, familiar, etcétera– constituyen un *valor agregado*, un refuerzo a la disposición de las acciones políticas y partidarias, aunque no estén erigidas en un sentido específico e instrumental como recurso del capital político de un actor o grupo. El partido es un espacio más donde los protagonistas de este trabajo articulan y construyen su propia red. El interés y el grado de compromiso que cada actor tiene con el partido están en sintonía con circunstancias contextuales y la expectativa de triunfo. Al volverse la permanencia y la cotidianeidad más presentes, el partido cobra un rol predominante como eje articulador del resto de las actividades del dirigente.

En el caso de Roberto Lozano, su padre había afianzado un halo de preeminencia durante sus años en la UCR local, donde vigorizó su trayectoria política, además de que su familia había fortalecido el prestigio de su estudio jurídico. La UCR, sus integrantes, la casa que alberga al Comité Departamental, el mobiliario e incluso los papeles que allí se encuentran, para los dirigentes partidarios forman parte de la vida cotidiana. En tal sentido, para los radicales no existe una escisión con otros espacios o acciones donde se explaye la sociabilidad. Esta afirmación no se traduce, como mostré, en el uso indiscriminado de los espacios del Comité: los actores ejercen allí sus posiciones jerárquicas, su conformidad o no con las tácticas escogidas, y los conflictos existentes en determinados momentos.

Las características espaciales pueden o no desaparecer por fuera de las instancias electorales, pero el partido permanece presente, condicionando otros aspectos de la actividad de los radicales. Estas también cooperan con la fortaleza del partido y sus grupos internos al extender los lazos por *fuera* de la actividad *exclusivamente* política de sus facciones. Ante una necesidad, quienes se encuentran enrolados en el partido, y preeminentemente quienes son referentes de las distintas facciones, resuelven el problema de manera endogámica. Ya sea seleccionar un abogado o un contador, asegurar la provisión de un servicio o comprar determinados bienes, se contacta a otros radicales que comercializan determinado bien o prestan el servicio requerido.

En estas situaciones, la pertenencia compartida suele ser un indicador de fidelidad, fortaleciendo la idea de compromiso y lealtad. Pero, por otro lado, vigoriza los vínculos entre los actores, retroalimentando la dependencia en cada caso. Es decir, una relación comercial, por ejemplo, refuerza instancias partidarias y viceversa. Depende de cada protagonista –y de quienes interactúan con él– la importancia dada a los espacios de participación. Lo que le permite a un dirigente condicionar una situación partidaria con, o a través de, un lazo comercial o familiar es el conocimiento de los espacios y los interlocutores. También es posible el movimiento contrario: determinar desde la actividad partidaria las relaciones y las formas de interacción por fuera de lazos políticos.

El hecho de diferenciar en dos las relaciones personales que componen redes dentro de la actividad política permite observar que las acciones de los protagonistas no se presentan estancas. Toda vez que emergen problemáticas de gestión gubernamental o que es necesaria la construcción política en espacios partidarios y alianzas exteriores, los actores conjugan formas afectivas e institucionales con el fin de hacer posible la resolución. Los lazos creados en estas instancias serán los que vehiculizan los intersticios de las redes que se encuentren *adormecidas/inactivas*, quedando las revitalizaciones de la participación siempre condicionadas a los eventos políticos.

En el caso de quienes integraron la Juventud Radical de Minuán a comienzos de la década del ochenta se encuentra una serie de regularidades, vinculadas con una interpretación de los años de la dictadura y las primeras medidas adoptadas por el gobierno de Alfonsín, que fueron modificándose con el transcurso de los años. El cambio de posiciones quedó demostrado durante los acontecimientos relacionados con la reforma constitucional de 1994, las candidaturas del radicalismo en 1995, las sucesivas elecciones de cargos partidarios y los efectos de la muerte del primer presidente radical posdictadura.

Si bien los discursos ponen en valor el pasado partidario y resignifican los recursos de quienes representan al partido, es imprescindible por parte de algunos protagonistas el desarrollo de distintas tácticas que permitan ganar poder con dichos valores. Sobre todo, en aquellos casos donde la *tradicón partidaria* comienza

en actores que han logrado posiciones centrales en la conducción de la UCR de Minuán. Gallardo y Aníbal son muestra de esto último.

Sin embargo, y aunque la proporción pueda variar, todas las facciones y grupos internos muestran un cierto equilibrio entre sus protagonistas, una proporción similar entre actores, cuya genealogía les permite considerarse parte de la historia partidaria en el municipio y, a otros, constituirse en toda la referencia radical de sus familias. Esta mecánica no es absoluta, como se observa en el comienzo de la presidencia de Raúl Alfonsín, que se inicia con la mayor incorporación de actores entre cuyos antecedentes familiares no se contaba la participación activa en el radicalismo.

Con el tiempo, tanto Gallardo como Aníbal –quienes con mayor énfasis resaltaron la pertinencia de sus candidaturas a intendente en 1987 y en 1999, respectivamente– fueron figuras con amplio recorrido en las filas de la UCR. De cualquier forma, ambos casos no son del todo asimilables. Aníbal había establecido un recorrido desde la militancia en la juventud del partido hasta su candidatura a intendente de más de una década. En la interpretación de los actores, es meritorio haber establecido una trayectoria que abarca diferentes grados de responsabilidades y jerarquías en forma creciente. Estos son los valores puestos en juego para legitimar aspiraciones cuando contextualmente se fortalecen la posición y los intereses de un grupo.

La identificación es parte constitutiva de los espacios políticos. Sobre todo, al ponderar que generalmente las personas no ingresan a determinado partido con una «claridad absoluta» de su posición, sino que se construye a medida que su participación se intensifica en el recorrido que los determina o deja de determinar en tanto dirigentes. Por eso, las reconstrucciones históricas que los actores producen todo el tiempo respecto de hechos o figuras tienen un componente electoral, así como también un uso «necesario» de justificación de las posiciones personales o grupales en determinados contextos.

Los capítulos 3 y 4 ilustran de qué manera la UCR presenta dos períodos diferentes de participación. En primer lugar, el proceso de elección; luego, el tiempo que transcurre entre unos comicios y otros. En el lapso sin elecciones, la vida interna se mantiene más o menos constante a excepción de los períodos de renovación

como, por ejemplo, cuando surgen Los Griegos. Los ciclos electorales, según la perspectiva de la fuerza en cuanto a resultados, incrementarán la presencia de allegados, candidatos externos y partícipes circunstanciales. Las expectativas de resultados electorales positivos logran aumentar el retorno de antiguos dirigentes, revitalizando su relación con el partido, así como también el acercamiento de externos, familiares y amigos de candidatos a los actos de campaña. La expectativa de victoria también activa, a su vez, mecanismos de presentación, conflictos y disputas, previendo instancias de posicionamiento en las facciones y requiriendo a los dirigentes la predisposición de organizar sus acciones en procura de maximizar sus posibilidades de triunfo interno y general.

La existencia del radicalismo en Minuán excede la institucionalidad de su sede central y la figura de quienes, en su nombre, poseen cargos públicos. Las formas de esa existencia, la utilización de espacios y relaciones, se reconfiguran en el marco de los procesos electorales, siempre atentas a las expectativas específicas y particulares de cada contexto. De manera más o menos creciente, y a medida que los comicios se acercan, el comité concentra y condensa todos los posicionamientos y conflictos que, en el período entre una elección y otra, fueron adoptando distintos matices por fuera del Comité. Esto quiere decir que durante dichos períodos el Comité engloba casi todas las situaciones y relaciones que conforman el partido, incluso como espacio articulador donde se organiza la agenda proselitista que se desplegará en diversos puntos de la ciudad.

Una vez pasada una elección general, el partido deja de *estar/ser* en el comité. Más allá de la institucionalidad de los cargos públicos y la posibilidad de hablar en nombre del radicalismo, los dirigentes llevan el partido a sus casas, lugares de trabajos, comercios, gremios. Las reconfiguraciones de las facciones, las interpretaciones acerca de los grupos que se reconstituyen a nivel nacional o provincial –y con ello las nuevas alianzas–, son informadas y analizadas por fuera de las reuniones de autoridades de comité. A su vez, el proceso de selección de autoridades internas influye en las reuniones, manteniéndose en una instancia de latencia hasta la elección de candidatos como apertura de la carrera electoral.

El partido, entonces, recobrará su existencia pública como tal en la presentación de las facciones que pugnan por su conducción. Comenzarán a organizarse al poco tiempo de culminado un proceso electoral, y demandarán instancias de negociación y disputas, exhortando solo a los dirigentes que estén dispuestos a confrontar en él. La preeminencia general del grupo triunfante y las expectativas generadas por el panorama mayor determinarán la dinámica específica del conjunto de los actores del radicalismo que sumen sus esfuerzos a los dirigentes protagonistas de las campañas proselitistas. El número de gente que se acerca es interpretado como muestra imaginada de las posibilidades de triunfo. La dirección de la fracción conductora del proceso electoral lleva adelante una selección de esas incorporaciones que relacionan directamente con la posibilidad de cargos ejecutivos y legislativos a distribuir, considerando también la eventualidad de contar con una serie de contratos laborales menores que estarán a disposición en caso de triunfo.

Como señalé, los actores ponen en juego valores que (se) atribuyen como específicos a su comportamiento político. Por lo tanto, en el discurso público de los propios dirigentes constituyen un rasgo explicativo que se consolida sobre la base de una antítesis imaginada respecto del adversario más importante. En numerosas charlas con Eugenio, Horacio y muchos de los entrevistados surgió la descripción de situaciones que los actores definieron como «clientelares», involucrando a otros integrantes del radicalismo. Sin excepción, en esos casos la acción era etiquetada «de peronista». Es una operación interpretativa, donde determinadas especificidades propias de la actividad política, en una acepción negativa, son elaboradas como una particularidad de la acción del otro.

Quedan liberadas así a la fuerza propia de los rasgos estigmatizantes de la práctica, situación que es apreciable en las dicotomías planteadas anteriormente, autoconvocados/piqueteros o democracia/autoritarismo. En el capítulo 6 es apreciable que, contextualmente, para mis interlocutores la categoría «democracia» contemplaba el respeto de un interés minoritario: el de las patronales agropecuarias. Discutir en igualdad de condiciones con las autoridades del Estado nacional acerca del alcance de los montos

a pagar en concepto de retenciones y el destino de lo recaudado. En la discusión sobre la utilización de los recursos por parte del Estado, las asociaciones y federaciones de patrones, las empresas de comunicación y diversos grupos económicos construyeron el imaginario de un gobierno que cooptaba a sus adherentes a través de la implementación de planes sociales.

Esta imagen relacionada a los sectores populares, estrictamente constituida con bienes de consumo, es complejizada por la adhesión al gobierno de otros sectores sociales, movimientos políticos o grupos relacionados con los derechos humanos. En palabras de Eugenio, estos apoyos eran producto de la formulación de «medidas nobles para fines inconfesables». En la interpretación de mi interlocutor, lo que define a una medida o acción de gobierno es el partido político que la sostiene. Mientras el «juicio a las Juntas» fue un hecho nacido del espíritu democrático y republicano de la UCR, la derogación de las Leyes de Obediencia Debida y Punto Final exponen un ardid del peronismo, en su versión kirchnerista, para cooptar acriticamente a las asociaciones de derechos humanos surgidas a raíz de la última dictadura militar.

Ya en el capítulo 3 se puede apreciar, al menos en parte, cómo funciona la dinámica de posicionamientos mencionada en el párrafo anterior, al existir una diferencia establecida entre los sujetos. Cuando mis interlocutores radicales buscan comprender al peronismo consideran que «una cosa es el pobre», a quien «justifican» en su condición de peronista sobre la base de las necesidades que pudo –o imagina que sus antepasados pudieron– satisfacer a través de gobiernos de este signo. Pero otro asunto distinto es la dirigencia peronista, que utiliza ese rasgo afectivo y de «agradecimiento» haciendo «uso de la persona necesitada». Los integrantes de los sectores populares están dotados de una (in)capacidad meramente afectiva para considerarse representados por el peronismo, plausibles de obtener «perdón» en la suposición de una acción mecánica.

En un ángulo inverso, mis interlocutores imaginan para sí, y para aquellos que se identifican con el radicalismo, una capacidad de autodeterminación que no es trasladable a otros sectores. El juicio es hecho al margen de la condición socioeconómica de los electores, siendo que «el pobre que es radical» es un ciudadano

consciente de la «dificultad» de resolver los problemas de inequidad social, que posee «valores morales» habilitantes a sostener una participación o identificación política más allá de lo inmediato que determine su subsistencia. Este sentido común compartido por todos mis interlocutores directos de la UCR encuentra mayor complejidad en los integrantes del grupo interno de Los Griegos.

Por ejemplo, en 2011 Marcelo sostenía que la UCR representaba una opción democrática de la izquierda, aunque también contenía en su estructura a actores que él relacionaba con un pensamiento conservador. Julio Cobos encarnaba el ala conservadora, mientras que Ernesto Sanz, presidente del partido a nivel nacional, y el diputado Ricardo Alfonsín constituían una posición más «humanista». Bajo este calificativo mi interlocutor entendía las posiciones, alianzas políticas e hipotéticas medidas de gobierno orientadas en beneficio de los sectores populares, sin la contraprestación electoral que adjudican a la relación del peronismo con «su» electorado.

Respecto de la figura de Cobos, el análisis se apoyaba en la anterior alianza constituida entre el ex presidente Kirchner y Cobos, entonces vicepresidente de Cristina Fernández de Kirchner. En opinión de Marcelo y también de Eugenio, haber constituido una alianza con el kirchnerismo dotaba al ex gobernador mendocino de los mismos atributos (negativos) imaginados para el peronismo. Este ejercicio libera de la misma acusación, en parte, a la porción de la UCR que acordó en 2007 con la fracción del justicialismo ligada a Eduardo Duhalde. En nuestras conversaciones, este hecho se hizo presente cuando la complejidad de la actividad política se tornaba pronunciable y visible según la necesidad argumentativa del discurso.

Eugenio, Marcelo y Agustín, entre otros, en su carácter de dirigentes locales sostenían argumentos que interpretaban problemáticamente la actividad política, el marco de alianzas posibles, la subsistencia de los grupos fuera del poder y los diferentes recursos que esto implicaba: por ejemplo, a la hora de analizar las alternativas que habían conducido a Gerardo Morales a ser candidato a vicepresidente de Roberto Lavagna. Sin embargo, los mismos parámetros no se ajustaban al accionar de los radicales que, con Julio Cobos a la cabeza, habían constituido la Concertación Plural. En el sentido inverso, Horacio y Aníbal sostenían que los gobernadores

radicales «convertidos en aliados del kirchnerismo» no tuvieron otra alternativa, en pos de obtener los recursos económicos necesarios para «gobernar sus territorios». Manifestaban, además, que aquella opción había sido la correcta para la supervivencia del partido ante la creciente legitimidad del oficialismo encabezada en la figura de Néstor Kirchner.

La crisis en la representación política, aunque afecte a todos los partidos, transcurre de acuerdo con una serie de circunstancias diferentes según la fuerza política analizada; más aún si se tiene en cuenta la potencialidad electoral del partido en relación con determinadas regiones o en virtud, también, de los candidatos que presente en las elecciones. Estas instancias críticas afectan a las expectativas electorales, agudizan conflictos y aceleran la fluctuación en la composición de alianzas interpartidarias y con otras fuerzas políticas. La inestabilidad descrita es, además, uno de los motivos que distienden las identificaciones o posibilitan el surgimiento de otras sobre la base de los recursos simbólicos partidarios.

La contundencia del liderazgo de Raúl Alfonsín y su preeminencia en la política interna de la UCR, aun cuando su posición como candidato radical se viese debilitada por los graves problemas hacia el fin de su mandato, estructuró la posición de los actores del partido en términos generales. La construcción de Alfonsín como un gobernante «defensor y propulsor de los derechos humanos y democráticos, promotor de la participación del Estado en los ejes estratégicos de la economía nacional» fue erigida sobre la base de la alteridad con aquellos rasgos más diferenciales de este respecto de su sucesor, Carlos Menem.

Esta caracterización del partido, ligada a sus referentes más importantes, constituía un punto de referencia para Los Griegos en el marco de un gobierno radical que, a partir de 1999, no expresó identificación con las posiciones de por Raúl Alfonsín. En 2011, Aníbal lamentaba que la UCR no pudiera entrelazar sus propagandas electorales con «las banderas que inauguró Alfonsín», puesto que las mismas habían sido «usurpadas por el kirchnerismo». Entendía que la mención a discursos por fuera de una interpretación del partido más cercana a su generación era necesaria «después

de tantos años fuera del poder». De esta forma, la acción de representar se relaciona directamente con la necesidad de reconstituir la capacidad de la estructura partidaria para la subsistencia de las aspiraciones individuales y del conjunto de la organización, incluso a costa de las críticas de los adversarios.

### **La intermitencia de la profesión política en escalas municipales**

En el capítulo 5 se da cuenta de la forma y el contexto en los cuales el partido incorpora actores externos. Las buenas expectativas electorales, afirmo, revitalizan la participación de dirigentes radicales que no lo hacen en instancias formales del partido, sino que solo se integran durante las campañas proselitistas. Estas reincorporaciones son manifestaciones de una relatividad directamente relacionada con la perspectiva imaginada de triunfo, en procesos internos o generales: A su vez, son posibilitadas por las relaciones personales construidas tanto en términos afectivos como institucionales. En algunos casos, es posible que la participación de incorporados externos derive en continuidad dentro de la estructura partidaria, incluso en una carrera dirigencial. En su defecto, la participación política concluye con el fin del mandato o la finalización del cargo por otra vía.

El ingreso –o reingreso– a la política siempre se corresponde con el riesgo de la derrota (Palmeira y B. Heredia 1997). Para algunos actores supone la posible pérdida del prestigio del que gozan en otras actividades o espacios de la sociedad. Los intentos por incorporar al partido a ciertos actores con capitales construidos o heredados, y relacionados con el ejercicio de una profesión liberal, el desarrollo comercial o empresarial, la participación en clubes deportivos o sindicatos, entre otros, no siempre resultan satisfactorios. Un ejemplo demostrativo está contenido en el relato del inicio de Los Griegos al frente del radicalismo de Minuán.

Antes de definir a Aníbal como el candidato partidario para las elecciones de 1999, Los Griegos habían propuesto a Gerónimo Carreras. Su negativa ante el ofrecimiento fue asumida, «aceptada» y justificada basándose en el riesgo que una respuesta afirmativa extendía sobre el manejo y buen funcionamiento de los negocios de la familia Carreras, la explotación agrícola ganadera y una

de las escribanías con mayor cartera de clientes de la ciudad. La declinación no fue sorpresiva, pero la incorporación poco antes de Nicanor, el hijo de Gerónimo, había significado un apoyo explícito al proyecto del grupo.

La segunda opción, un profesional veterinario cercano a negocios agropecuarios, también rechazó amablemente la oferta. El invitado alegó retóricamente: «no, qué me voy a meter en política... ¿para salir todo sucio?». Detrás de la declaración opera una percepción crítica sobre la moral de quienes actúan en política, traducida en temor a perder el prestigio ganado en otros terrenos al introducirse en una actividad que resulta desacreditada con las constantes denuncias de hechos de corrupción.

Más allá de estos casos aislados como producto del discurso moral de la Alianza UCR-FrePaSo, Los Griegos lograron conformar su lista de candidatos con un número importante de externos, como narré en los capítulos 3 y 4. En el capítulo siguiente, el ingreso de esos actores devino en dos posibilidades respecto del desarrollo posible de las trayectorias partidarias: la continuidad en las filas del partido, asumiendo roles dirigenciales en el radicalismo, o bien la finalización de la relación con la UCR una vez extinguido el cargo público.

Gabriela continuó con altibajos su carrera en las filas internas partidarias, pero de la Ventana, por ejemplo, retornó a su estudio de abogados especializado en temas previsionales. Así, un actor puede emprender una carrera política luego de haber ingresado al radicalismo, ya sea como externo en su dimensión más absoluta, ligado exclusivamente a los capitales ajenos al partido, o bien a través de lazos familiares que articulan la pertenencia a modo de antecedentes válidos. Más la continuidad como dirigente o referente, en el caso de Minuán, no implica de por sí la profesionalización de la actividad política.

Weber (2008, 2012) permite comprender aspectos centrales de la actividad de los partidos en sus procesos de dominación. Como indica Gaztañaga (2008), «ciertas lecturas» de los textos clásicos del sociólogo alemán han proyectado una dimensión lineal respecto de los motivos que determinan la participación en política, en particular el registro de debate político con el que Weber expresaba que «se puede vivir para la política y de la política» (Weber 2008,

pág. 81 y ss.). Bourdieu (2007a) concluyó que las palabras de Weber encerraban un brutal materialismo, aunque no por ello dejaba de ser verdad. Sin embargo, inmediatamente aportó algunas aclaraciones de «rigurosidad» para sostener que «se puede vivir de la política a condición de vivir para la política» (Bourdieu 2007a, pág. 76).

Una relectura de mis registros de campo me llevó a notar que mis encuentros pautados con los referentes del radicalismo de Miñuán siempre acontecieron en horarios diurnos. En sus lugares de trabajo o en sus viviendas particulares, los actores proponían un alto y fijaban un tiempo específico que estaría dedicado a conversar conmigo. Las entrevistas en profundidad con Horacio y Campos fueron las únicas dos desarrolladas en horas de la mañana, o apenas pasado el mediodía. Al primero, su rol de empresario agroalimentario le permitía disponer del manejo de su agenda. No tenía horarios que cumplir en local, estudio o consultorio alguno, por lo que era uno de los pocos dirigentes que podía encontrar con frecuencia en el comité.

Campos, por su parte, había delegado el manejo de su campo en el mayor de sus hijos, quien por la noche se acercaba al comité para dirigir al grupo de jóvenes que se ocupaba de «las pintadas» y «las pegatinas»: pegar afiches, pasacalles y pintar los nombres de los candidatos del partido en paredes cedidas por los propietarios de algunos frentes. Campos se dedicó los últimos ocho años casi con exclusividad a su cargo de concejal y sus responsabilidades partidarias. En los períodos electorales llegaba a la sede del radicalismo a las nueve de la mañana, almorzaba en su domicilio y retornaba inmediatamente al comité para desarrollar actividad hasta entrada la noche.

Aníbal, en tanto, desde la elección de 1999 en adelante solicitó un permiso laboral cada vez que fue candidato por la UCR. El estatuto del empleado público contempla la posibilidad de licencia a quien se presente como candidato en una contienda electoral. Quince días antes de la elección, Aníbal concurría al comité por la mañana y después de las cuatro de la tarde. El tiempo es necesario: a medida que se aproxima el sufragio, los miembros de las distintas fracciones modifican la asiduidad y los horarios en que concurren al comité partidario. Caminatas con los candidatos, doblar boletas,

repcionar afiches, pasacalles y preparar los medios de propaganda: todas ellas son actividades que transcurren en simultáneo con reuniones con distintas organizaciones no gubernamentales, empresarios y entrevistas en medios de comunicación.

La mayoría de los radicales participantes en los preparativos electorales se concentraban en la sede partidaria por la noche, tras finalizar su jornada laboral. Esos tiempos no distinguían entre referentes, dirigentes y militantes, teniendo solo pocas excepciones en Horacio, Campos y Aníbal. Esporádicamente, y con motivo de hechos muy concretos, en algún caso pude observar dirigentes que suspendían ocasionalmente otras actividades para asistir al comité a prestar ayuda. Durante la elección de 2011, por ejemplo, es descrita la presencia de actores como Eugenio y Marcelo también en horario nocturno. Pero para estos radicales, la singularidad estaba dada porque querían dejar asentada su discrepancia con los acuerdos alcanzados por las demás fracciones en la confección de las nóminas de candidatos.

Sumado a lo aquí expuesto, cabe recordar que en localidades del tamaño de Minuán los habitantes se conocen todos de uno u otro modo, algo que es central para la vida política. Se subraya el diagnóstico de que todo partido político es una compleja red de relaciones personales (Boivin, Rosato y Balvi, 1998): posibilita la resolución y organización de grupos, alianzas y disputas en contextos ajenos a los organismos institucionales de la UCR. Las viviendas particulares, comercios, consultorios médicos y los estudios jurídicos o contables, al igual que los sindicatos, se revelan como espacios de decisión que afectarán de alguna manera las acciones de los integrantes del radicalismo local. Determinar la temporalidad en que los actores *hacen política* es, por lo tanto, encorsetar una forma de concebir la participación partidaria, que excede largamente los vínculos de los radicales con la institucionalidad de la fuerza. Sin embargo, en los objetivos de la acción política de los radicales de Minuán siempre existe la intención de construir un camino que los deposite en la conducción partidaria y la obtención de cargos públicos.

Los radicales *hacen política*, siendo el verbo un término que engloba la participación en distintas etapas personales y partidarias. Sirve, a la vez, para dar cuenta de los progresos individuales en las

responsabilidades asumidas u otorgadas, incorporando todos los momentos y contextos que contengan su participación, méritos y ascensos en la historia partidaria. *Hacer*, usado por los dirigentes, es una forma de expresar las instancias desde militante hasta dirigente y/o referente. En tanto que, además, de esta forma los actores se incluyen en toda la dimensión que cobran en la vida del radicalismo local cuando se encuentran por fuera del grupo o fracción que prima en la conducción del partido en determinado momento.

Quienes encabezan los grupos y aspiran a ocupar cargos partidarios o públicos –o, en todo caso, a incidir en las designaciones– *hacen política* en cada una de las instancias de la participación, ya sea en caso de ser preeminentes en el partido o en aspiración de serlo. En períodos expectantes o de participación activa en la vida interna del partido, las conversaciones y reuniones radicales dentro del marco de las redes que atraviesan a la localidad de Minuán son permanentes.

En los momentos en que la UCR ocupa el rol de oposición política en la ciudad, los integrantes generalmente se ocupan de situaciones específicamente relacionadas con la actividad interna del partido. La representación institucional, con relación a los debates con los actores del Ejecutivo municipal, queda a cargo de los concejales, aunque también intervienen los radicales importantes en determinadas temáticas. Es frecuente que dicha preeminencia se identifique en relación con los resultados electorales anteriores. No obstante, entre 1996 y 1999 Los Griegos se construyeron como una excepción a los mecanismos de legitimación descritos.

Los dirigentes deben desarrollar las tareas implícitas en esta legitimación en virtud de los roles que ocupan: confrontación con los adversarios internos y externos, o conformación de las fracciones que integran y la generación de un posible marco de alianzas. La delimitación crítica de las políticas públicas, tanto para defenderlas en caso de ser oficialismo, o reprobarlas si son oposición. La interacción permanente con otros actores del campo político como sindicatos, medios de comunicación, etcétera. Las alternativas que rodean y fundamentan la adhesión a expresiones internas a escalas provincial y nacional. Estos desarrollos cuentan con protagonismo radical que es, en su mayoría, intermitente. Los eventos, en escalas

crecientes de la acción política y las perspectivas electorales que los contextos permiten imaginar, influyen de forma constante en las decisiones que los radicales toman para comprometerse más o menos en los diferentes procesos electorales.

De esta manera, la participación de los radicales en las instancias electorales, y en aquellas que se prolongan entre unos comicios y otros, son abarcadas en distintas circunstancias por diferentes actores. En caso de cumplir un rol de oposición, mayormente desarrollan tareas laborales en paralelo, mientras *hacen política*. En algunos casos, estos tiempos también competen a los concejales por el partido, en momentos en que el radicalismo no posee la gobernación municipal. No obstante, la disponibilidad que los ediles juzgan como necesaria para dispensar su actividad política se encuentra, en general, condicionada por los recursos económicos precedentes a la obtención del cargo de concejal, al igual que la pretensión de extender la participación política y la representación, en nombre del partido, más allá del mandato de inicio.

Entiendo que, para el radicalismo de Minuán, la política como profesión se constituye sobre la base de las expectativas, ya sea para sostener una posición de predominio de la estructura partidaria o la contención, a lo largo del tiempo, de los recursos obtenidos al iniciar una carrera política. Obtener ingresos por dedicarse exclusivamente a la función de un cargo público es la única forma de sostener una relación profesional con la actividad. Los actores que ostentan posiciones de liderazgo en los distintos grupos buscan posicionarse en el rol de candidato sobre la base de una serie de cálculos que limitan el alcance de las aspiraciones.

El reconocimiento como voz autorizada en determinados ejes y los capitales adquiridos por fuera de la condición propia del reconocimiento como radical, entre otros, sirven para sostener el grado de las aspiraciones. Las alianzas y enfrentamientos se suceden en el marco de tácticas que buscan fortalecer cada una de las posiciones individuales que posibilitan la obtención del cargo y su desempeño. El éxito como funcionario es cuantificado por diferentes actores partidarios según los recursos que una determinada gestión, individual o colectiva, aporte al conjunto. El objetivo siempre es incrementar el número de funcionarios del partido. Quien se posicione como garante de buenos resultados electorales acrecienta su

posibilidad de extender la carrera profesional al *mostrarse* como precursor y constructor imprescindible de dicho marco favorable.

Lo limitado del número de puestos a ocupar acrecienta la vitalidad en que se realizan las alianzas y disputas, a medida que se acercan las instancias decisivas de los «cierres» de listas. Las vacantes de candidaturas resultan escasas: intendencia, viceintendencia, cargos de concejales y lugares en la lista de legisladores provinciales. La percepción acerca de lo escueto de la recompensa se incrementa teniendo en cuenta que, ante la posibilidad de una derrota, solo los primeros puestos de la lista de concejales encuentran un ingreso «seguro» a la función pública.

Los realineamientos de los actores en distintos grupos internos se observan, primordialmente, en el marco de los procesos electorales. Para los protagonistas, la decisión de constituir un espacio interno requiere una fundamentación de los motivos, entre los que predomina la necesidad de erigirse como verdadera antítesis de las conductas políticas que son adjudicadas al peronismo.

La forma discontinua que se observa en la práctica de la profesión política exige de los dirigentes del radicalismo de Minuán la disposición constante para reconfigurar el orden de la presentación de los valores partidarios, según la necesidad percibida en los reclamos del electorado. Esta situación no necesariamente implica el desapego a determinadas identificaciones, sino más bien la rearticulación de los fundamentos que ligan al partido a categorías discursivas específicas. De esta forma, se abre el camino para el permanente reacomodamiento de los actores en los distintos espacios internos, sobre la base de lazos sociales que principalmente se nutren de relaciones sostenidas por fuera de la organización institucional de la UCR, o sea su comité.

Las redes interpersonales que cohesionan a los radicales de Minuán, tanto como la variedad y disponibilidad de los distintos valores con los que se identifica al partido, son los recursos que estos dirigentes poseen, en determinados contextos, para posicionar electoralmente a la UCR como un espacio político capaz de satisfacer determinados reclamos sociales y sostener, de esa forma, la expectativa electoral del partido, permitiéndole al radicalismo mantener, aunque con altibajos, su potencialidad electoral en localidades como Minuán.